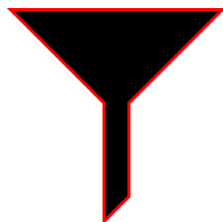


ENSAYO



El currículo como herramienta de reproducción de las relaciones de poder en la sociedad

En el corazón de cualquier sistema educativo yace un componente aparentemente inofensivo, pero profundamente influyente: el currículo. Es el conjunto de contenidos, métodos y estructuras que guían la enseñanza y el aprendizaje en las aulas, pero también es un reflejo y una herramienta de reproducción de las relaciones de poder en la sociedad. Desde la elección de qué conocimientos se transmiten hasta la manera en que se presentan, el currículo moldea las mentes de las generaciones futuras y, en última instancia, contribuye a transformar la estructura de su contexto, y mantener o desafiar las jerarquías sociales.

Así las cosas, la presente reflexión aborda el rol crítico que desempeña el currículo en este proceso, con un enfoque particular en el contexto latinoamericano. América Latina es una región marcada por su diversidad cultural, étnica y social. En medio de esta riqueza, el currículo educativo ha sido un instrumento históricamente utilizado para consolidar ciertas identidades nacionales y promover los intereses de los grupos dominantes. La educación ha sido un elemento fundamental en la formación de ciudadanos y en la construcción de una imagen de nación en un continente que alguna vez fue colonia española. Sin embargo, a lo largo de la historia, el currículo también ha excluido y silenciado las voces de los grupos menos favorecidos, contribuyendo a la invisibilidad de las realidades étnicas y raciales.

Este ensayo propone que el currículo es un reflejo y un instrumento que sirve como herramienta de reproducción de las relaciones de poder dentro de la sociedad en general y en el contexto Latinoamericano en particular. El currículo no es un mero conjunto de contenidos y estructuras, sino una construcción social compleja y

dinámica. Desde la elección de qué conocimientos se transmiten hasta la manera en que se presentan, el currículo refleja y promueve las agendas de los grupos dominantes en una sociedad. Además, el currículo influye en la formación de la identidad de los estudiantes y en cómo se perciben a sí mismos en relación con la sociedad. Puede impulsar estereotipos, prejuicios y desigualdades al promover una visión limitada de lo que es "normal" o "valioso". Por lo tanto, el currículo desempeña un papel central en la reproducción de la cultura y el poder. Para ello, primero se brindará un fundamento conceptual de lo que es la educación, el sistema educativo y el currículo. Posteriormente, se examinarán los vínculos que históricamente se han dado entre el currículo, las relaciones de poder, la estructura y el orden social, centrándose en aspectos como la formación de la identidad, las desigualdades sociales y la influencia de agendas hegemónicas en la educación en general y en Latinoamérica. Finalmente, se presentarán las conclusiones que destacan la importancia de cuestionar y reconocer al currículo como instrumento de transformación fundamental para América Latina.

Ahora bien, no tiene sentido hablar de currículo fuera de un marco educativo, por lo tanto, primero se debe hablar de educación. Definirla es complicado, y no se podría partir solo de una definición nominal, esto produciría abstraer e idealizar al sistema educativo, admitir implícitamente que no es real en sí mismo y que no se ha venido construyendo históricamente. Decir que únicamente “prepara a los hombres del mañana”, no resuelve el problema, ya que esta preparación se hace en función de las necesidades a las que la humanidad ha respondido a lo largo del tiempo. Según Durkheim (1976) “el hombre es hombre solamente por cuanto que vive en sociedad”, por lo que la educación es la que convierte al individuo instintivo en un ser social capaz de aportar a la sociedad, haciendo que desarrolle su potencial completo y se reconozca en el otro, en un entorno cultural diverso y en el marco de un sistema de valores. Este ser social no es resultado de un desarrollo espontáneo, sino que es un sistema de ideas, sentimientos y hábitos, que expresan en nosotros los grupos de los que formamos parte, y que ha sido forjado por el colectivo en que vivimos. En consecuencia, la educación es un proceso social, relativo, histórico y geográfico, y se encuadra en un momento temporal específico de la humanidad, siendo una

contribución que se ha venido heredando y que depende de la religión, la política, y el desarrollo de las ciencias e industria de una cierta época. Entonces, el individuo construye su conocimiento con base en una realidad existente que él no puede transformar según su voluntad; la naturaleza, condiciones y límites de esta realidad se conocen en la escuela.

Este sistema educativo se fundamenta en un método pedagógico estructurado, que proporciona una estructura secuencial de actividades reproducibles de manera reiterada, una estructura esencial para poder desarrollar su práctica en la escolaridad moderna, compuesta por cursos, método y currículo (Gimeno et al. 2011). Por tanto, el presente trabajo profundiza en el currículo, siendo su análisis una condición necesaria para entender, examinar y criticar lo que es la escuela (su propuesta) como institución cultural y de socialización (función reproductora y transformadora).

Desde una visión simple se puede decir que el currículo es el elemento que ordena el tiempo escolar, asocia contenidos, grados y edad de los estudiantes, brindando progresión escolar. Es un puente que conecta la teoría con la acción, permitiendo la transmisión de conocimientos, habilidades y capacidades sociales fundamentales para el desarrollo de los estudiantes (Gimeno, 1988). Para bien o para mal, impone una regulación que refuerza la distinción de las disciplinas, da una asignación concreta a los profesores, delimita unidades ordenadas de contenidos y tiempos, bajo una metodología y evaluación.

No obstante, el currículo es una construcción compleja y dinámica que trasciende y abarca mucho más que la simple consideración de ser una pauta de contenido y estructura, es el proceso de selección, organización y transmisión de la cultura, que se estructura u organiza bajo claves psicopedagógicas para ofrecerse como proyecto cultural-educativo. Entonces, el currículo no se define, sino que se comprende como una problemática educativa. Es una entidad de naturaleza evolutiva, en constante cambio y adaptación, una práctica social profundamente arraigada en comportamientos, creencias, valores, ideologías y políticas administrativo-económicas (Osorio, 2017). Este enfoque multidimensional demuestra que el currículo no está desligado de la realidad, sino que se nutre de las

necesidades y desafíos concretos que enfrentan docentes, estudiantes y la comunidad en general. De alguna forma, el currículo refleja el conflicto entre los diferentes intereses dentro de una sociedad y los valores dominantes que rigen a los procesos pedagógicos y educativos. Los currículos emiten un equilibrio de fuerzas que gravitan sobre cómo se presenta el sistema educativo en un momento histórico, y es a través de esos intereses y fuerzas sociales que se realizan los fines de la educación formalmente escolarizada.

En ese sentido, el currículo no es neutro, es una manifestación de poder y control que refleja la selección y organización de contenidos y prácticas sociales de acuerdo con la ideología de los grupos dominantes en una sociedad, una entidad dinámica moldeada por una serie de influencias y presiones que provienen de diferentes sectores que conviven en un espacio y tiempo histórico determinado. Fuerzas que pueden incluir agendas políticas, culturales y económicas que buscan influir en los contenidos y métodos educativos (Gimeno, 1988). Esta dimensión del currículo pone de manifiesto nuevamente una realidad innegable: la educación está imbuida de valores, intereses y perspectivas que reflejan la estructura de poder de una sociedad (Osorio, 2017). Entonces, cuando hablamos de la selección de contenidos, nos referimos a la elección de qué conocimientos son considerados valiosos y dignos de ser transmitidos en el entorno educativo. Esta selección no es aleatoria ni objetiva, sino que está influenciada por las creencias y prioridades de aquellos que tienen el poder de definirla.

Los grupos dominantes en una sociedad tienen la capacidad de determinar qué se enseña y qué se omite, lo que a su vez moldea la forma en que las generaciones futuras perciben el mundo. Pero no solo selecciona y privilegia ciertos tipos de conocimiento, sino que también promueve identidades y subjetividades específicas, esto significa que el currículo puede influir en la formación de la identidad de los estudiantes y en cómo se perciben a sí mismos en relación con la sociedad. Puede impulsar estereotipos, prejuicios y desigualdades al promover una visión limitada de lo que es "normal" o "valioso". Por lo tanto, el currículo se convierte en un campo de batalla donde se dirimen intereses corporativos, políticos, económicos y culturales; un terreno de constante lucha y negociación entre múltiples actores interesados, que

buscan una hegemonía en el poder, o en cambio, pretenden cambiar el paradigma establecido.

Por ende, el currículo es un fenómeno intrínsecamente conectado al contexto en el que opera, no puede ser comprendido de manera aislada, transformando a la escuela en un escenario donde se desarrollan conflictos y se experimentan posibilidades de transformación social: un microcosmos que representa los niveles macro de la sociedad. Entonces, la educación, dentro de la estructura social propuesta por Marx (Rivero, 2002) se convierte en campo de actuación fundamental de la superestructura dominante para el mantenimiento del sistema establecido, a través de la cual se pretende asegurar un orden social hegemónico y la reproducción ideológica, cultural e intelectual. Asimismo, se relaciona estrechamente con la infraestructura o base, de ahí que sea determinante el análisis de las vinculaciones entre la educación y los modos de producción, las relaciones sociales y las relaciones productivas.

Es por esto que algunos sociólogos empiezan a interesarse en las instituciones educativas para realizar sus estudios acerca de la sociedad en general y crear teorías críticas en torno al currículo. En este sentido, los estudios de Althusser, Baudelot, Establet, Bowles y Gintis, contribuyeron a hacer visibles las relaciones de poder incrustadas en el currículo escolar, dejando en evidencia cómo algunos grupos tienen el poder de seleccionar el currículo de acuerdo a sus intereses, así como también la complicidad estructural que ha tenido la escuela en la reproducción de las desigualdades sociales. Althusser (1970) marca el inicio de estas teorías con un ensayo titulado “Ideología y aparatos ideológicos del Estado”, tras el cual, Baudelot y Establet (1971) lo desarrollan, y afirman que la escuela se ha convertido en un poderoso elemento en términos a su capacidad para construir y reproducir el orden social hegemónico y su ideología. De esta manera, la escuela no es única y unificadora, sino que está dividida y es divisoria. Por una parte, no es unificadora ya que forma a los niños de la clase dominante para dominar, y por otra, es dividida y divisoria porque está conformada por dos redes: una red primaria, compuesta por dominados y una red secundaria superior compuesta por dominantes. Esta lucha de

clases se da en función del sistema de producción implantado en el contexto del país o región.

En la misma línea de teorías críticas anteriormente expuestas, Gintis y Bowles (1981) logran establecer la relación entre escuela y producción. Dichos autores proponen el concepto de correspondencia, a través del cual, la escuela hace un aporte fundamental al continuismo de las relaciones sociales de producción. Esto no se da a través de los contenidos, sino a través del funcionamiento mismo de la institución, que reproduce las relaciones sociales sobre el puesto de trabajo que el alumno esperará en el futuro. Al respecto, Bowles y Gintis (1981) sostienen:

Debemos considerar las escuelas a la luz de las relaciones sociales de la vida económica [...]. Sugerimos que los aspectos principales de la organización educativa son una réplica de las relaciones de dominio y subordinación existentes en la esfera económica. La correspondencia entre las relaciones sociales de la escolarización y el trabajo explica la capacidad del sistema educativo para producir una fuerza de trabajo sumisa y fragmentada. La experiencia de la escolarización y no meramente el contenido del aprendizaje formal, es central en este proceso. (p. 24)

Estas ideas de reproducción social se ven claramente en Latinoamérica, donde la escuela desempeñó un rol fundamental en la consolidación de los proyectos de nación de los estados latinoamericanos. Fue el instrumento para lograr la unificación en cuanto a valores e ideologías que servirían para moldear las identidades nacionales tras dejar de ser colonias españolas (Díaz, 2014). En América Latina, la escuela emergió como una institución de gran importancia, entramada con la historia de la ilustración y la modernidad en las últimas décadas del siglo XVIII (Finocchio, 2012), surgiendo de un contexto histórico que privilegiaba la homogeneización cultural para lograr la adecuación al orden social. A lo largo de la historia, es mediante el currículo, que se han transmitido y reforzado tanto los imaginarios de las naciones como los valores impulsados por los sectores dominantes, contribuyendo a que sean aceptados y legitimados. En medio de esa conformación de nación, imaginada por las elites, la voz de los grupos menos favorecidos fue siendo silenciada en el currículo escolar (Young, 2010).

Durante el siglo XIX, la escuela latinoamericana se utilizó como uno de los dispositivos más importantes para orientar la formación de futuros ciudadanos para

la nación, al punto que varios sectores se disputaron su direccionalidad (Díaz, 2014). Boom y Narodowsky (1996) añaden:

Para la iglesia, los estados en proceso de conformación y los diversos sectores de la vida política e intelectual, la escuela se constituye en espacio privilegiado que posibilita y propicia el proceso de "formación del ciudadano". Unos desde un criterio moral; otros desde proyectos civilistas, pero, en fin, bajo un principio común que los identifica: la población debe pasar por la escuela ya que ella es garantía de una lengua común, una identidad nacional, unos hábitos de comportamiento y una racionalidad determinadas. (p.11)

En la actualidad presenciamos un escenario nuevo, en el que la élite conservadora o de derecha, pero también sectores de la sociedad civil que comulgan con estos actores, participan en conjunto de la construcción de los sentidos curriculares, tratando de imponer su propia interpretación de la sociedad sobre otras, y de esta manera construir hegemonía cultural. En este marco, toda manifestación crítica o progresista es tachada de ideología o populismo, y en consecuencia censurada. La mayoría de estados latinoamericanos transitan o han transitado por estos proyectos claramente ultraconservadores, que son parte de una coalición que va tomando fuerza en algunos países y que es impulsado por grupos empresariales, conservadores, religiosos, y por medios de comunicación hegemónicos (Loango, 2021).

Este discurso de tendencia autoritaria ataca cualquier forma de expresión que se manifieste a favor de la inclusión, la diversidad cultural, la pluralidad, la equidad y la justicia para los sectores más desfavorecidos. Estos movimientos buscan evitar que en la escuela se hable de problemas raciales, feminismo, igualdad de género u homofobia, con el fin de impedir, según ellos, los adoctrinamientos ideológicos. Sectores que además de criminalizar las prácticas docentes, proponen un currículo neutral y descontextualizado de la realidad. Esto es una visión ahistórica de los planes de estudio, en la cual se presupone que los contenidos se desarrollan al margen del contexto que vive y ha vivido la sociedad, disfrazando de neutralidad su propia visión de mundo y de nación. Instalar una mirada punitiva sobre lo que se enseña, se piensa, se hace y se aprende en la escuela, sólo es una muestra del autoritarismo creciente que la envuelve. El debate sobre los problemas y realidades

que vive una sociedad debe estar presente en la escuela, de lo contrario esta institución estaría condenada a ser un simple instrumento de reproducción.

El marco autoritario generado en la educación, es una de las explicaciones para que mucha de la población latinoamericana formada en este sistema continúe negando la diversidad de nuestro continente y de esta forma se perpetúe la desigualdad étnica y racial. Si bien, científicamente las razas no existen, no se puede negar que representan una categoría social que domina el imaginario de identidad dentro de la vida cotidiana. En la práctica organiza las relaciones entre los individuos, incide en sus oportunidades sociales y se utiliza como justificación en la discriminación y el racismo, a través de la cual se establecen jerarquías, configurando un orden racial con clara desventaja para los indígenas y afrodescendientes (Loango, 2021). La glorificación de la identidad nacional blanco-mestiza y el mito de la democracia racial en América Latina contribuyeron a negar las raíces propias desde la conformación de los estados nacionales, y actualmente construir una imagen del nativo y del negro como alguien ajeno a la modernidad y al progreso.

Esta categorización jerárquica que provee una distinción entre seres superiores e inferiores, fundamentada en etnias o tonalidades de piel, ha servido históricamente para legitimar la opresión y el silenciamiento de la historia de los que no pertenecen a la élite en el currículo escolar. Esta matriz de pensamiento, epistémica y hegemónica, se reproduce frecuentemente dentro de los sistemas educativos, configurando y sosteniendo el racismo (McCarthy, 1994). Como sistema de pensamiento histórico, desplaza, silencia y apaga otros saberes, otros modos de conocer y de habitar el mundo, o en muchos casos lucha contra ellos para intentar aniquilarlos. Este ha sido el caso de epistemologías africanas e indígenas que están ligadas a otros repertorios culturales, y en las que el saber y el conocimiento son inseparables del territorio y se funden con él. Estas son epistemes holísticas, plurales, que entienden que la condición humana no puede reproducirse y mantenerse en equilibrio sin pensar en el territorio, y sin pensar en otros seres y ecosistemas que también lo habitan (Loango, 2021).

Lo anterior se ve expresado en la mayoría de los libros de texto escolares, que difunden una lectura eurocéntrica de la sociedad en las que el desarrollo, los avances tecnológicos, la democracia y el conocimiento siguen siendo presentados como un atributo de hombres civilizados. Contrariamente, los indígenas y afrodescendientes aparecen relegados de los imaginarios de desarrollo y de las actividades productivas (Ocoró, 2016), expresando el ideal eurocéntrico y ayudando a sostener el epistemicidio de los saberes y las historias de los grupos subalternos. Desafortunadamente, los textos escolares reproducen, legitiman y transmiten valores e ideologías de los grupos dominantes (Apple, 1979).

Se podría decir que actualmente hay un reconocimiento de la trata esclavista como eje central de la presencia de la historia de África en los diseños curriculares, útil para cuestionar la hegemonía europea; sin embargo, solo encapsula la historia de estos pueblos a sólo esos acontecimientos, y no los representa dentro de espacios de decisión, de progreso o de profesionalismo, sino que su presencia sólo es visibilizada cuando se menciona la esclavización, o en relación a problemas de desplazamiento, discriminación, pobreza y subdesarrollo, instalando en los alumnos una concepción lineal de la historia que los aleja de una mirada abierta, así como del interés por plantearse el pasado y las fuentes históricas desde un pensamiento crítico. Es así como los currículos escolares se orientaron a consolidar ciertas identidades nacionales y obviando a otras, por lo que hay silencios, miradas parciales o tergiversadas que borran la vida cultural, política y económica de estas poblaciones y sus aportes a la historia latinoamericana.

Vale agregar que, en este texto se ha explorado la relación intrínseca y el papel crucial que desempeña el currículo en la sociedad en general y en la región latinoamericana, desde la perspectiva de que es un reflejo de la estructura social y una herramienta de reproducción de las relaciones de poder. Partiendo desde sus raíces históricas hasta su influencia actual en la formación de la identidad y la perpetuación de desigualdades, se ha examinado detenidamente cómo el currículo es capaz de promover estereotipos y prejuicios, moldear las mentes de las generaciones en formación y contribuir a mantener las jerarquías sociales de su contexto.

A lo largo del texto se ha demostrado que el currículo no es simplemente un conjunto de contenidos o una estructura secuencial de actividades, sino un campo de batalla donde se disputan intereses políticos, económicos y culturales. Se ha resaltado cómo el currículo influye en la formación de la identidad de los estudiantes y en la percepción que tienen de sí mismos en relación con la sociedad y su contexto. En este sentido, se puede concluir que el currículo tiene el poder de formar ciudadanos críticos y conscientes de las realidades sociales, pero también puede ser una herramienta para la opresión y la perpetuación de la desigualdad.

Finalmente, el currículo como cuestión de poder plantea preguntas importantes sobre quién tiene el control sobre la educación y cómo se utiliza este control para definir a la sociedad. Para abordar estas cuestiones, es esencial adoptar un enfoque crítico del currículo y cuestionar las estructuras de poder que subyacen en su selección y organización. La educación debe ser un espacio donde se fomente la diversidad de perspectivas y se promueva la equidad, donde el currículo se construya y evalúe con un espíritu crítico y emancipatorio, como un instrumento que promueva la autonomía y la democracia, en lugar de ser un vehículo para la reproducción acrítica de ideologías y un reflejo pasivo de las estructuras sociales dominantes.

En última instancia, vale seguir elevando cuestionamientos, tales como: ¿En qué medida se puede aprovechar el potencial transformador del currículo para construir una sociedad más inclusiva y justa en América Latina? Dicho interrogante invita a seguir explorando y debatiendo sobre el currículo como un elemento clave en la lucha por un futuro más igualitario y equitativo en la región. Pues recuérdese que saber reconocer al currículo como una cuestión de poder es el primer paso hacia una educación liberadora.

Referencias

- Althusser, L. (1970). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, México. *Quinto sol*.
- Apple, M. (1979). *Ideología y currículo*. Barcelona: Akal.
- Baudelot, C., & Establet, R. (1971). *L'école capitaliste en France*. *CAH. LIBRES*, (213-214).

- Boom, A. M., & Narodowski, M. (1996). *Escuela, historia y poder: miradas desde América Latina*. Noveduc Libros.
- Díaz Barriga, Ángel & José María García Garduño (2014). Desarrollo del currículum en América Latina. Experiencia de diez países. *Clío & Asociados*.
- Durkheim, E., & García, A. O. (1976). *Educación como socialización*. Salamanca: sígueme.
- Finocchio, S. (2012). *América Latina: nuevos rumbos en los saberes educativos*. Boletín de la Biblioteca del Congreso de la Nación, 126. 2012. p.103-115. Buenos Aires
- Gimeno Sacristán, J. (1988). El currículum: una reflexión sobre la práctica. *Madrid: Morata*.
- Gimeno Sacristán, J. G., Linuesa, M. C., Alonso, R. F., & Perrenoud, P. (2011). *Diseño, desarrollo e innovación del currículum*. Morata
- Gintis, H., & Bowles, S. (1981). Structure and practice in the labor theory of value. *Review of Radical Political Economics*, 12(4), 1-26.
- Loango, A. O. (2021). El papel del currículo en la reproducción de desigualdades étnico-raciales. Una mirada al caso argentino en perspectiva latinoamericana. *Revista INTEREDU*, 1(4), 41-68.
- McCarthy, C. (1994). *Racismo y curriculum: la desigualdad social y las teorías y políticas de las diferencias en la investigación contemporánea sobre la enseñanza*. Ediciones Morata.
- Ocoró, A. (2016). La nación, la escuela y “los otros”: reflexiones sobre la historia de la educación en Argentina y Colombia en el imaginario civilizatorio moderno.
- Osorio Villegas, M. (2017). El currículo: Perspectivas para acercarnos a su comprensión. *Zona próxima*, (26), 140-151.
- Rivero, J. G. (2002). La importancia de la educación en la determinación de la hegemonía: Las teorías de la reproducción. *Filosofía, política y economía en el Laberinto*, (8), 72-84.
- Young, M. (2010). Why educators must differentiate knowledge from experience. *Journal of the Pacific Circle Consortium for Education*, 22(1), 9-20.